

al tiempo. El niño piensa como su madre, el hombre pensará como su padre.

Este vaticinio me dejó pensativo.

Suceda lo que quiera, y admitiendo hasta cierto punto que la experiencia pueda modificar la impresión que produce en nosotros el primer aspecto de las cosas al entrar en la vida, el hombre honrado está seguro de no errar si somete todas esas modificaciones á la severa crítica de su conciencia. Una buena conciencia que vigila en un espíritu, le salva de todas las malas direcciones en que puede perderse la honradez. En la Edad media se creía que todo líquido en el cual hubiese permanecido un zafiro era preservativo contra la peste, el carbunco y la lepra *y todas sus especies*, dice Juan Bautista de Rocolles.

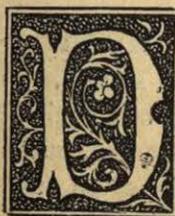
Ese zafiro es la conciencia.

DIARIO DE LAS IDEAS

Y OPINIONES DE UN REVOLUCIONARIO DE 1830



AGOSTO



ESPUÉS de julio de 1830, necesitamos la cosa *república* y la palabra *monarquía*.

Considerando las cosas únicamente desde el punto de vista de los procedimientos políticos, la revolución de julio nos ha hecho pasar bruscamente del constitucionalismo al republicanismo. De ahora en adelante la máquina inglesa está fuera de servicio en Francia; los *wighs* ocuparán la extrema derecha de nuestra cámara. La oposición ha cambiado de terreno como todo lo demás. Antes del 30 de julio estaba en Inglaterra; hoy está en América.

Las sociedades no están bien gobernadas de hecho y de derecho, sino cuando estas dos fuerzas, la inteligencia y el poder, se superponen. Si la inteligencia ilumina solamente una cabeza en la cúspide del cuerpo social, que esta cabeza reine; las teocracias tienen su lógica y su belleza. Si la luz alcanza á varios, que

sean varios los que gobiernen; entonces las aristocracias son legítimas. Pero, en fin, cuando la sombra ha desaparecido de todas partes, cuando todas las cabezas están en la luz, que todos lo rijan todo. El pueblo está maduro para la república; que tenga la república.

Todo lo que vemos ahora es una aurora. No falta nada, ni siquiera el gallo.

La fatalidad, que los antiguos llamaban ciega, ve claro y razona. Los acontecimientos se siguen, se enlazan y se deducen en la historia con una lógica que espanta. Colocándose á un poco de distancia, pueden comprenderse todas sus determinaciones en sus vigorosas y colosales proporciones, y la razón humana rompe su medida insuficiente ante esos grandes silogismos del destino.

En un orden de cosas en que las desigualdades sociales se apegan á las desigualdades naturales, todo ha de ser ficticio, artificial y disimulado.

El equilibrio perfecto de la sociedad resulta de la superposición inmediata de esas dos desigualdades.

Los reyes poseen el presente, los pueblos el porvenir.

¡Dispensadores de empleos!, ¡ocupadores de empleos!, ¡pretendientes de empleos!, ¡acaparadores de empleos!... Da lástima ver toda esa gente que echa una escarapela tricolor en su puchero.

Hay, dice Hipócrates, lo desconocido, lo misterioso, lo *divino* de las enfermedades. *Quid divinum*. Lo que dice de las enfermedades, puede aplicarse á las revoluciones.

La última razón de los reyes es la bala de cañón. La última razón de los pueblos es el adoquín.

No soy de esas gentes que se encasquetan el gorro colorado y se aferran á la guillotina.

Para muchos que razonan friamente y teorizan sobre la época del Terror, pasada ésta, el 93 ha sido una amputación brutal, pero necesaria. Robespierre es un Dupuytren político. Lo que llamamos guillotina no es más que un bisturí.

Es posible. Pero de aquí en adelante es preciso que los males de la sociedad no se traten por el bisturí, sino por la lenta y gradual purificación de la sangre, por la reabsorción prudente de los humores extravasados, por la sana alimentación, por el ejercicio de las

fuerzas y de las facultades, por el buen régimen. No nos dirijamos al cirujano, sino al médico.

Muchas cosas buenas están conmovidas y tiemblan todavía de la brusca sacudida que acaba de tener lugar. Los artistas, en particular, han quedado estupefactos, y corren en todas direcciones persiguiendo sus ideas dispersas. Tranquilícense. Tengo la firme convicción de que, pasado ese temblor de tierra, encontraremos nuestro edificio de poesía de pie y más sólido que después de las otras sacudidas que ya había resistido. También es una cuestión de libertad la nuestra, también es una revolución. Y avanzará intacta al lado de su hermana la política. Las revoluciones, como los lobos, no se muerden.

SEPTIEMBRE

La enfermedad que sufrimos desde hace seis semanas, nos la ha producido el ministerio y la mayoría de la Cámara; es una revolución que se nos ha metido dentro.

Es un error creer que nuestra revolución no habrá alterado el equilibrio europeo. Lo habrá alterado. Lo que nos hace fuertes, es que á cualquier rey que nos eche encima su ejército, nosotros podemos soltar su pueblo contra él. En cualquier parte que queramos, una revolución combatirá por nosotros.

Solamente Inglaterra es temible por mil razones.

El ministerio inglés nos pone buena cara porque hemos inspirado un entusiasmo al pueblo inglés, que empuja al gobierno. No obstante, Wéllington sabe por donde cogernos; en el momento oportuno empezará por Argel ó por Bélgica. Debíamos, pues, procurar unirnos cada vez más estrechamente con la población inglesa, para hacernos respetar de su ministerio; y para ello enviar á Inglaterra un embajador popular, Benjamín Constant, por ejemplo, á quien se le habría desenganchado el coche de Douvres á Londres y hecho seguir de un cortejo de un millón doscientos mil ingleses. De esta manera, nuestro embajador hubiera sido el primer personaje de Inglaterra; ¡y júzguese el mal efecto que habría producido en Londres, en Manchester, en Birmingham, una declaración de guerra

á Francia! Plantar la idea francesa en el suelo inglés, habría sido grande y político.

La unión de Francia é Inglaterra puede producir resultados inmensos para el porvenir de la humanidad.

Francia é Inglaterra son los dos pies de la civilización.

¡Qué cosa más rara la cara de la gente que pasa por las calles el día siguiente de una revolución! A cada momento os codeáis con el vicio y la impopularidad personificados con escarapela tricolor. Muchos se imaginan que la escarapela cubre la frente.

Presenciamos en este momento un chubasco de empleos que produce efectos singulares. Eso limpia á unos y ensucia á otros.

Causa estupefacción ver como surgen reputaciones hechas en la noche que sigue á una revolución. En el hombre político hay algo del hongo. Azar é intriga. Camarilla y lotería.

Carlos X cree que la revolución que le ha derribado es una conspiración tramada, preparada desde larga fecha. ¡Error! Ha sido simplemente una cosa del pueblo.

Mi antigua convicción realista-católica de 1820, se ha derrumbado pieza por pieza, desde hace diez años, ante la edad y la experiencia. Sin embargo, alguna cosa queda todavía en mi espíritu, pero no es más que una religiosa y poética ruina. Algunas veces me vuelvo para considerarla con respeto, pero ya no le dedico ninguna oración.

Dice Alfieri en alguna parte, que el orden bajo la tiranía es *una vida sin alma*.

La idea de Dios y la idea del rey son dos y deben ser dos. La monarquía á lo Luis XIV las confunde con detrimento del orden temporal, con detrimento del orden espiritual. Resulta de este monarquismo una especie de misticismo político, de fetichismo realista, no sé qué religión de la persona del rey, del cuerpo del rey, que tiene un palacio por templo y gentileshombres de cámara por curas, con la etiqueta por decálogo. De ahí todas esas ficciones llamadas *derecho divino, legitimidad, gracia de Dios*, que son contrasentidos del verdadero derecho divino, que es la justicia; de la verdadera legitimidad, que es la inteligencia; de la verdadera gracia de Dios, que es la razón. Esta religión de los cortesanos no conduce sino á sustituir la camisa de un hombre al estandarte de la Iglesia.

Estamos en un momento de grandes pánicos. Un club, por ejemplo, espanta, y es muy sencillo; es una

palabra que la multitud traduce por una cifra, 93. Y para las clases bajas, 93 es el hambre; para las clases medias, es el máximo; para las clases altas, es la guillotina.

Pero estamos en 1830.

La república, tal como la entiende cierta gente, es la guerra de los que no tienen ni un real, ni una idea, ni una virtud, contra cualquiera que tenga una de esas tres cosas.

La república, en mi sentir, la república que todavía no está madura, pero la que tendrá cuerpo dentro un siglo, es la sociedad soberana de la sociedad; protegiéndose, guardia nacional; juzgándose, jurado; administrándose, comunidad; gobernándose, colegio electoral.

Los cuatro miembros de la monarquía, el ejército, la magistratura, la administración, las clases más elevadas, para esa república no son más que cuatro excrecencias molestas que se atrofian y mueren pronto.

—Mi vida está llena de espinas.

—¿Por eso tiene usted la conciencia tan destrozada?

En toda carta (1) hay siempre dos cosas, la solución de un pueblo y de un siglo, y un pliego de papel. Para gobernar bien el progreso político de una nación, todo el secreto consiste en saber distinguir entre la

(1) Tómese en la acepción de *Constitución otorgada por el rey*.

solución social y el pliego de papel. Los principios sentados por las revoluciones precedentes, constituyen el fondo, la esencia misma de la carta; respetadlos. Así, libertad de culto, libertad de pensamiento, libertad de prensa, libertad de asociación, libertad de comercio, libertad de industria, libertad de cátedra, de tribuna, de teatro, igualdad ante la ley, libre acceso á todos los empleos para todas las capacidades, cosas sagradas que, como un torpedo, derriban á los reyes que osan tocarlas. Pero de la hoja de papel, de la forma, de la redacción, de la letra, de las cuestiones de edad, de censo, de elegibilidad, de herencia, de inmovilidad, de penalidad, inquietaos poco y reformad á medida que adelantan el tiempo y la sociedad. El texto no debe petrificarse nunca cuando las cosas son progresivas. Si resiste hay que romperlo.

A veces es preciso violar las cartas para hacerles hijos.

En materia de poder, siempre que el hecho no tiene necesidad de ser violento para existir, el hecho es derecho.

Cualquier día va á estallar una guerra en Europa, la guerra de los reinos contra las patrias.

M. de Tayllerand, con una sonrisa graciosa, dijo

á Luis Felipe, prestándole juramento:—¡Oh, oh, señor!, es el décimo tercio.

M. de Tayllerand decía hace un año, en una época en que se hablaba mucho de trilogía en literatura:— También yo quiero haber hecho mi trilogía; he hecho Napoleón, he hecho la casa de Borbón, acabaré por la casa de Orleáns.

¡Mientras la pieza que M. Tayllerand nos representa no tenga efectivamente más que tres actos!

Las revoluciones son unas magníficas improvisadoras. A veces un poco descabelladas.

¡Qué espantoso arado el de las revoluciones! Las cabezas humanas ruedan de ambos lados del surco hacia el filo de la reja.

No destruyáis nuestra arquitectura gótica. ¡Piedad de las vidrieras tricolor!

Napoleón decía:—No quiero gallo, la zorra le come. Y tomó el águila. Francia ha vuelto á tomar el gallo.

En efecto, todas las zorras vuelven en la sombra á formar á la cola; P... detrás de T..., V... detrás de M...
¡Eia, vigila, Galle!

Hay gentes que se creen muy adelantadas y que todavía están en 1688. Sin embargo, hace ya mucho tiempo que hemos pasado 1789.

La nueva generación ha hecho la revolución de 1830; la antigua pretende fecundarla. ¿Qué puede resultar del acoplamiento de una revolución de veinticinco años y un Parlamento de sesenta?

Anciano, no os parapetéis así detrás de la barricada de la legislatura; antes al contrario, abrid la puerta y dejad pasar á la juventud. Pensad que cerrándole la Cámara, la dejáis en la plaza pública.

Tenéis una tribuna de mármol, con bajos relieves de M. Lemot, y la queréis únicamente para vos; está muy bien. Cualquiera día la nueva generación volcará un tonel sobre el fondo, y esta tribuna estará en contacto inmediato con el pavimento que ha aplastado una monarquía de ocho siglos. Pensad en ello.

Notad, por otra parte, que por venerable que seáis por vuestra edad, lo que estáis haciendo desde agosto de 1830, no es más que precipitación, atolondramiento é imprudencia. Tal vez los jóvenes no hubieran dado

al león una parte tan grande. La monarquía de la rama primogénita tenía muchas cosas útiles, que habéis quemado con demasiada precipitación y que, aún tan sólo como faginas, habrían podido servir para llenar el foso que nos separa del porvenir. Nosotros, jóvenes ilotas políticos, en la sombra ociosa en que nos dejáis, más de una vez os hemos reprendido por demolerlo todo demasiado aprisa y sin discernimiento, á pesar de que soñamos una reconstrucción general y completa. Pero tanto para demoler como para reconstruir, era preciso una larga y paciente atención, mucho tiempo, y el respeto de todos los intereses que se protegen y que tan frecuentemente hacen retoñar tiernas y verdes ramas bajo los viejos edificios sociales. El día del derrumbamiento será preciso hacer un techo provisional para esos intereses.

¡Cosa rara! Estáis en la vejez sin haber pasado por la edad madura.

He aquí unas palabras de Mirabeau que es hora de meditar:

«Nosotros no somos salvajes desnudos llegados de las orillas del Orinoco para formar una sociedad. Somos una nación vieja, sin duda demasiado vieja para nuestra época. Tenemos un gobierno preexistente, un rey preexistente, prejuicios preexistentes; es preciso armonizar todo lo posible esas cosas con la revolución, y salvar la brusquedad del paso.»

En la constitución actual de Europa, cada Estado tiene su esclavo, cada reino arrastra su grillete. Turquía tiene á Grecia, Rusia tiene á Polonia, Suecia

tiene á Noruega, Prusia tiene el gran ducado de Posen, Austria tiene la Lombardía, Cerdeña tiene el Piamonte, Inglaterra tiene Irlanda, Francia tiene Córcega, Holanda tiene Bélgica. Así, al lado de cada pueblo amo, un pueblo esclavo; al lado de cada nación en el estado natural, una nación fuera del estado natural. Edificio mal construído; mitad mármol, mitad cascote.